y material, al moral é invisible, y la sujecion de la naturaleza ciega, inerte é inconsciente á la inteligente, racional y libre.

Sin duda ninguna el hombre considerado como agente físico, es muy poca cosa en el universo. Su ponderada actividad, áun tomada en su conjunto, apenas puede alterar de una manera apreciable el curso de la creacion; y considerada en los individuos, en muchos casos es superada áun por la del infusorio más imperceptible. «El hombre, dice Pascal, es una caña, y la más débil y quebradiza de la naturaleza; pero es una caña que piensa.» En él brilla la luz purísima de la razon y de la inteligencia; en él sobre todo resplandecen de una manera verdaderamente divina la condescendencia inefable de aquel Sér eterno é infinito, todo bondad y misericordia entrañable, y que en medio de su Majestad y soberana grandeza tiene sus delicias en morar entre los hijos de los hombres.

Considerado desde este punto de vista, el hombre verdaderamente aparece á la cabeza de la creacion, es el eje sobre el cual gira el universo, y su influencia sobre el mundo material es proporcionada á la superioridad que lleva la naturaleza intelectual y moral á la sustancia material, ciega é inconsciente. Dios ha puesto á la criatura racional en la cumbre y cima de sus obras. Mirándola á ella, ha dispuesto el órden de la creacion material; y así como el alma humana, cuya fuerza mecánica es tan pequeña que escapa á todas nuestras medidas, da la vida y el movimiento á toda la complicada máquina de nuestro cuerpo, de igual manera su libertad moral, merced á la Providencia, y á pesar de la debilidad de su accion inmediata, dirije en realidad el conjunto de las relaciones y leyes del universo. «Al hablar así, diremos con el P. Carbonelle ^r,

no es nuestro ánimo indicar que la existencia del mundo puramente material haya sido subordinada á la existencia de la criatura inteligente y libre, que las leyes físicas del universo hayan sido calculadas, teniendo en consideracion la ley impuesta naturalmente al hombre moral; lo que únicamente pretendemos es que nuestros actos libres, nuestras determinaciones morales, nuestras acciones religiosas, en razon á aquella Providencia especialísima que las observa, ya para premiarlas, ya para castigarlas, tienen una influencia directa sobre los fenómenos materiales del universo, capaz de imprimirles modificacion profunda.»

Dios, añade este doctísimo escritor, que prevee hasta las últimas consecuencias de cada estado inicial, no puede ser embarazado en su accion por la presciencia ó prevision del uso que podemos hacer de nuestra libertad. Él prevee todos nuestros actos libres, y esta prevision no impide que verdaderamente lo sean, pues el hombre no ejecuta sus acciones porque Dios las ha previsto, sino que Dios las previó porque el hombre las ejecuta; estos actos entran en el desenvolvimiento del plan divino, juntamente con las acciones, movimientos y fenómenos de las sustancias atómicas ó materiales, y Dios conoce las relaciones que deben resultar entre las unas y las otras. Con esto el problema del universo se agranda; ya no es un simple problema de mecánica, es un problema providencial que excede el alcance de toda inteligencia creada. Solamente el Divino Hacedor y Gobernador del mundo puede resolverlo, coordinando fenómenos de dos clases esencialmente opuestas. En esta coordinacion, ¿cuál de las dos clases deberá quedar subordinada á la otra? Evidentemente la materia tiene que subordinarse al espíritu; el órden puramente material al intelectual y moral; luego el estado inicial de los átomos debió ser dispuesto en vista de aquellos fenómenos intelectuales y morales á que deben

r En su obra magnifica L' aveuglement scientifique, cap. VI à que nos hemos referido en el capítulo anterior, y que debe leer y meditar profundamente todo el que desee conocer à fondo estas cuestiones.

concurrir en el curso de los siglos. Por manera que puede decirse que la prevision de los actos libres determinó la eleccion de los estados iniciales de los átomos hecha por la Divina Providencia.

No sabemos qué tales parecerán estas ideas á esos sábios profundísimos que se erigen en jueces de las obras de Dios, y que al pasear su altiva mirada sobre el espectáculo de la creacion, no saben ver el órden maravilloso y providencial que en él reina, antes creen tal vez allá en su interior (¡y ojalá no lo digan en alta voz!), que no habria estado mal, que antes de criar Dios el mundo ó disponer el órden de los acontecimientos, les hubiese pedido su parecer y sometido á su consejo el plan de lo que iba á hacer. Quizá toda esta argumentacion que hemos venido desenvolviendo, la tengan por extraña, y quién sabe si por absurda; pero no aparecia ciertamente así á un matemático ilustre, á quien deben las ciencias más triunfos y adelantos que á toda la turbamulta de los incrédulos, ateos y materialistas, y con cuyas palabras queremos concluir este capítulo.

«Al fijar Dios el curso de este mundo, dice el insigne matemático Leonardo Euler *, y ordenar los acontecimientos que en él tenian que suceder, miró y tuvo presentes todas las circunstancias que habian de acompañar á cada cual de estos acontecimientos, y más en particular las disposiciones, los deseos y plegarias de las criaturas inteligentes, disponiendo las cosas y los sucesos de acuerdo con aquellas circunstancias. Por esto, cuando un fiel dirige á Dios una oracion que merece sea atendida, no hay que imaginarse que esta oracion llega al conocimiento divino puntualmente en aquel momento y no antes. Desde toda la eternidad ya la conocia Dios; y si este Padre de misericordia la juzgó digna de ser escuchada, dispuso todas las cosas expresamente, en vista y en favor de esta plega-

ria, de suerte que el cumplimiento de lo que en ella se pedia fuese consecuencia natural de los acontecimientos. De esta manera ove Dios las oraciones de los fieles, sin necesidad de decir que por ellas haga contínuamente milagros, aunque tampoco hay razon para negar que Dios haya obrado y obre alguna vez hechos verdaderamente milagrosos. Tan no es así que el establecimiento del curso regular de lo que acontece de este mundo, haga inútiles nuestras oraciones, como dicen los incrédulos, que antes bien acrecienta nuestra confianza, enseñándonos la consoladora verdad que todas nuestras oraciones fueron ya presentadas desde toda la eternidad en el acatamiento de la omnipotencia divina, entrando en el plan de los acontecimientos de este mundo, cual motivos conforme á los cuales habian de disponerse dichos acontecimientos, segun los designios de la sabiduría del Creador. De aquí debe concluirse que los séres inteligentes y su salvacion, han sido el principal objeto con que contó Dios en la ordenacion de este universo, debiendo estar nosotros de todo en todo asegurados que cuanto ocurre está intima y maravillosamente enlazado con las necesidades de las criaturas espirituales é inteligentes, á fin de encaminarlas á su verdadera felicidad; pero esto de una manera libre y desembarazada, en razon de aquella libertad que es tan esencial á los séres espirituales, como lo es á los materiales la extension.... En este enlace de los espíritus con los acontecimientos del universo consiste la Divina Providencia; en la cual, cada uno de los séres racionales puede tener el consuelo de formar parte, estando seguro cada hombre en particular, de que su existencia entró desde toda eternidad en el plan de la creacion, y de que todo cuanto sucede está enlazado con sus necesidades más apremiantes y que más importan á su salvacion eterna.»

Esta soberana Providencia la niega á veces el hombre cuando ensoberbecido en su corazon siente el estímulo

I Cartas á una Princesa de Alemania, carta 90.

diabólico que le inclina al mal y al desprecio de la ley divina que le sujeta á su Criador; pero cuando calmadas las malas pasiones escucha la voz de la naturaleza reflejada en su conciencia limpia y libre del pecado, no puede negar que de todas partes le vienen voces que atestiguan la accion de esta Providencia admirable; y cada generoso instinto que siente en su corazon, cada mala tentacion á que resiste, cada aspiracion noble que fomenta, son impulsos sagrados que le levantan al amor de aquella Soberana Majestad, que si tiene por templo á la naturaleza, halla su sagrario en el alma del hombre, donde recibe culto y adoracion. Todo le indica que su sér es un abismo de perfecciones, su hermosura infinita, su nombre inefable ¹.

I Entre los incrédulos, sobre todo los de escalera abajo y los sábios y oradores de café, es muy comun rechazar la posibilidad del milagro, por la razon de que todas las religiones, como ellos dicen, han querido apoyarse en él para el establecimiento de sus dogmas, y como estas religiones son contrarias entre sí, de aquí que todas las obras sobrenaturales que alegan unas y otras, deben ser contadas entre las fábulas y leyendas. Tal manera de discurrir, ni más ni ménos que lo que dice Draper sobre que el clero afirma la intervencion milagrosa de Dios en el mundo por la cuenta que le trae, y otras aserciones por el estilo, arguye suprema ignorancia de la esencia del dogma cristiano; ignorancia tal vez incurable, y que de todos modos sería imposible deshacer en los límites que nos hemos fijado en este ensayo. Pero no queremos dejar de copiar unas hermosas palabras acerca del particular, escritas recientemente por el Profesor de Oxford, Max Müller, el hombre tal vez más competente que hay en Europa en el conocimiento de las religiones de la antigüedad. Dicen así: «L'étude sérieuse des autres religions est extrêmement utile à bien des titres, mais surtout parce qu'elle nous donne l'occasion d'apprécier justement les biens que nous possédons dans la nôtre. Sentons-nous jamais plus vivement et plus réellement les avantages de la patrie que lorsque nous la revoyons après une excursion lointaine? Il faut en dire autant de la religion. Observons ce qui pour les autres peuples a tenu ou tient encore la place de la religion: examinons les prières, le culte, la théologie des races les plus civilisées, des Grecs, des Romains, des Hindous, dee Persans, et nous comprendons la grandeur de la grâce qui nous a été accordée de respirer depuis notre premier souffle l'air pur d'une terre é clairée par la lumière du christianisme. Nous sommes trop enclins à regarder les plus grans biens comme des choses qui nous arrivent tout naturellement sans excepter même la religion. Nous avons fait si peu pour conquérir notre religion, nous avons souffert si peu pour la cause de la vérité que, si haut que soit notre religion chrétienne dans notre estime, nous devons encore, pour l'élever autant qu'elle le mérite, la comparer avec les religions du reste du monde.» (Citado por Bonniot en La Controverse, número del 16 de Febrero de 1881 y tomado de The Tablet, 18 Décembre 1880, p. 778.)

CAPÍTULO XIV.

OBJECIONES CIENTÍFICAS.—LA CREACION Y LA OBRA DE LOS SEIS DIAS.

A segunda clase de objeciones ó dificultades con que se pretende destruir la harmoniosa unidad que debe reinar entre la ciencia y la fe, comprende aquellos hechos ó verdades que hoy han dado en llamar como exclusivamente científicas, que al decir de muchos se oponen á las enseñanzas de la revelacion. Aquí no tocaremos sino las principales, recordando de antemano el principio asentado más arriba, es á saber, que en la contradiccion que se quiere hallar entre la fe y los descubrimientos científicos, ó se toma por dogma de fe lo que no lo es, ó se eleva á la categoría de ciencia lo que no pasa de ser mera opinion ó hipótesis, cuando no sea clarísima falsedad. Este principio hallará plenísima confirmacion en los hechos ó doctrinas siguientes que Draper considera ocasion de muchos conflictos que han surgido entre la ciencia y la fe.

LA CREACION Y LA OBRA DE LOS SEIS DIAS.

Empecemos á examinar los conflictos nacidos entre la fe y las verdades de las ciencias físicas por la que se ofrece en primer lugar á la consideracion cuando las consideramos segun el órden con que acontecieron ó fueron realizadas, es á saber, la creacion del universo, su ornato y